



# MUERTOS INCOMODOS

## (falta lo que falta)

NOVELA A CUATRO MANOS

por

SUBCOMANDANTE MARCOS Y PACO IGNACIO TAIBO II

### CAPÍTULO II

#### “VAMOS DEJANDO UN RECUERDO”

**H**abía más antenas o había menos? Había muchas más, se dijo. Muchas más antenas de televisión. ¿Muchas más que cuándo? Que antes, claro. Y dejó que ese “antes” se desvaneciera. Cada vez aparecían más “antes” en su conversación o en las imágenes que le cruzaban por la cabeza, se estaba volviendo un adulto pre-jubilado. Pero, la verdad, lo de las antenas, lo tenía bastante claro. Había muchas más que antes, y no hay duda que formaban la cúpula de una selva. La selva de las antenas de televisión del DF. La selva de antenas y postes de luz y arbotantes, que se enlazaban con árboles, surgían de azoteas, colgaban de tendedores, se izaban sobre palos de escoba, gloriosas, arrogantes. La selva del DF, con todo y sus montañas, los cerros contaminados del Ajusco.

La tarde se estaba desvaneciendo, Belascoarán encendió el último cigarrillo y se dio de tiempo los siete minutos que

había de durarle, para dejar el observatorio. En los últimos meses le gustaba ver la ciudad de México desde arriba. Desde los más altos techos, azoteas, puentes elevados, que podía encontrar. Era menos dañina, más ciudad, de una sola pieza hasta donde la vista abarcara. Le gustaba, le seguía gustando.

Cuando iba por el minuto cinco y medio de su cigarrillo, su compañero de oficina, el tapicero Carlos Vargas, apareció chiflando por la puerta metálica que daba acceso a la azotea. Chiflaba *Volver empezar*, aquella canción que había hecho famosa la orquesta de Glenn Miller, y en el DF los bailes de quince años de los años 60. La silbaba sin desafinar, con notable precisión.

—Jefe, tengo media idea de que estas desapariciones de usted a la azotea se deben a que ha empezado a fumar mota a escondidas. Se ha vuelto pache-co, motorolo, fumarolas.

—Te la vas a pelar y te vas a desengañar —dijo Belascoarán ofreciéndole la casi colilla mordisqueada de su delicado con filtro.

Carlos negó con la cabeza.

—Lo busca un funcionario progresista.

—¿Y esos cómo son?

—Igual que los otros, pero no aceptan mordidas, éste trae la corbata manchada de chocolate y trae a un perro cojo con él.

Héctor Belascoarán Shayne, detective independiente, acostumbrado a los enigmas absurdos, porque vivía en la ciudad más maravillosamente absurda del planeta, descendió los siete pisos preguntándose qué significaría “un perro cojo” en el críptico lenguaje del tapicero, tan sólo para descubrir que un “perro cojo” era un pinche perro cojo, con la pata delantera derecha entablillada, rostro sufridor y unas orejas que le llegaban al suelo. El perro reposaba dócil y triste a los pies del “funcionario



progresista". Carlos, ignorándolos, se dirigió a su esquina del despacho donde estaba trabajando en las tripas de un sillón de peluchín cuasi rosa.

Belascoarán se dejó caer en su silla y las ruedas se deslizaron elegantemente hasta hacerlo topar con la pared. Miró al funcionario progresista fijamente y alzó las cejas, o más bien alzó una ceja, porque desde que lo habían dejado tuerto tenía problemas de movilidad con la otra.

—¿Usted es un hombre de izquierda? —preguntó el funcionario y quién sabe por qué a Belascoarán no le pareció un arranque inesperado en tiempos como aquellos donde las monjas de la inquisición volvían en sus escobas al conjuro del gobierno del tal Fox, que de zorro no tenía ni los pelos.

Tomó aliento:

—Mi hermano dice que soy de izquierda natural, pero pinchemente inconsciente —respondió Héctor sonriendo—. O sea, como que de izquierda pero sin haber leído a Marx a los 16, sin haber ido a las manifestaciones suficientes y sin tener en mi casa póster del Che Guevara. O sea, pues sí, de izquierda, yo.

El alegato pareció convencer al personaje

—¿Me garantiza que esta conversación será confidencial?

—Si lo sabe Dios, que lo sepa el mundo —respondió Héctor, que no garantizaba nada desde hacía mucho tiempo.

—¿Es usted creyente? —preguntó el progresista desconcertado.

—Un amigo mío dice que dejó la religión católica por dos razones, por culpa de que le parecía una mentada de madre lo de los tesoros del Vaticano en un mundo de pobres y porque no dejan fumar en las iglesias. Supongo que eso se extiende a todas las religiones. Yo me sumo. La idea de Dios me da güeva —remató Héctor muy serio.

Aprovechando el silencio observó al "funcionario progresista", que contra lo que le había informado Carlos Vargas no tenía corbata, aunque sí una mancha de chocolate en la camisa amarilla, una barba medio descuidada y lentes de miope terminal. Era alto, muy alto. Cuando se excitaba movía la cabeza de lado a lado, como negando. Parecía un hombre honesto, eso que su mamá llamaba "una buena persona", refiriéndose siempre a los obreros, los lecheros, los plomeros, los jardineros, los vendedores de lotería. Que Héctor recordara, su mamá nunca había llamado "una buena persona" a ningún burgués, ni grande ni pequeño. Algo debería saberles.

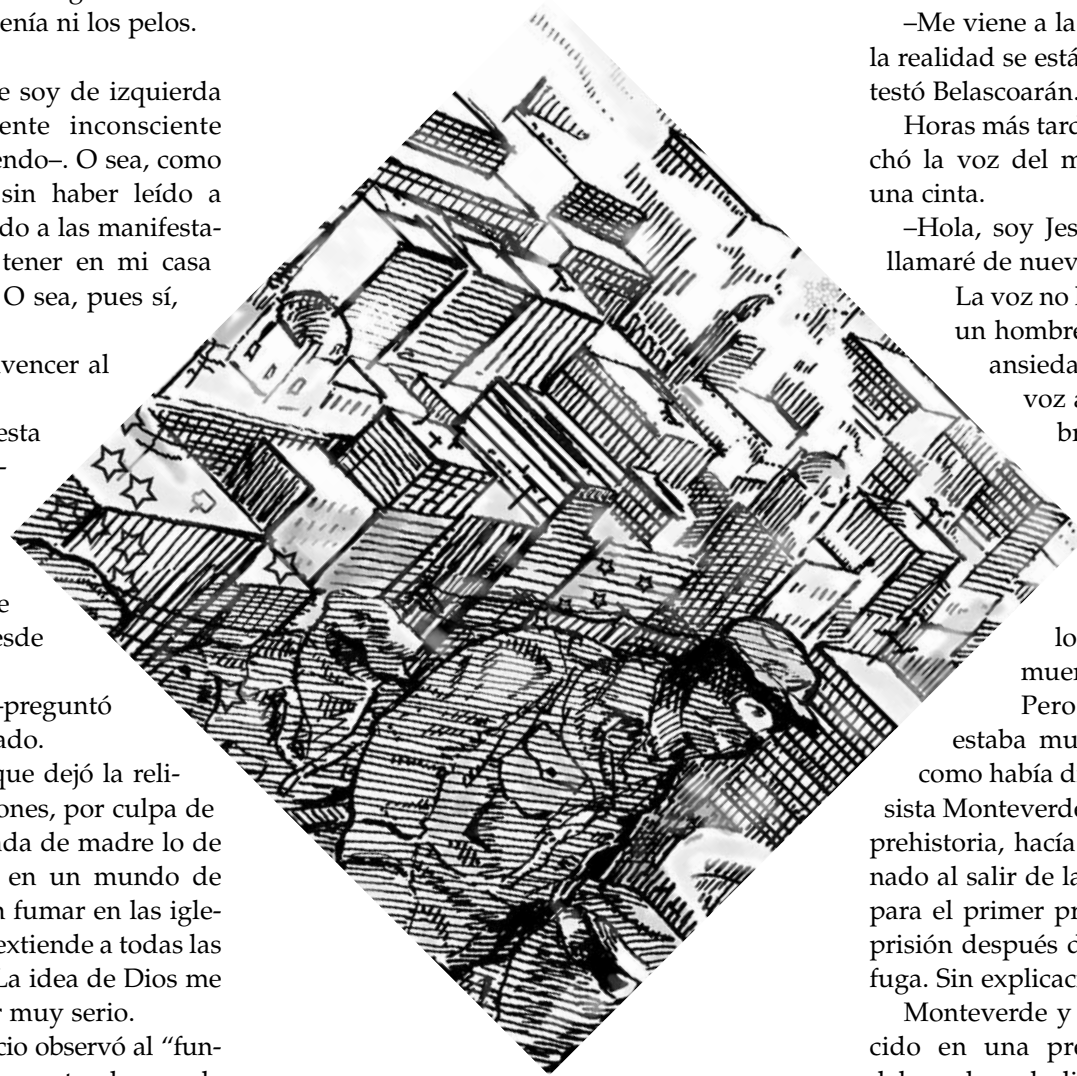
—Me habla un muerto —dijo el hombre rompiendo la revisión de él y de su pasado que estaba haciendo Héctor.

Héctor optó por el silencio. Hacía un par de meses había rentado en un videoclub la serie de Alec Guinness sobre una novela de Le Carré, *El topo*, producida por la BBC, y había contemplado, fascinado durante seis horas

seguidas, como Smiley-Guinness usaba el método de interrogatorio más eficaz del mundo: ponía cara de idiota (si no fuera inglés se atrevería decir que era la mejor cara de penche que había visto en su vida) y miraba fijamente a las personas, lánguido, como sin mucho interés, desinteresado, como haciéndoles el favor, y la gente hablaba, y hablaba, y él sólo de vez en cuando, muy de vez en cuando, soltaba una lacónica pregunta, como quien no quiere la cosa, nomás por no dejar.

El método surtió efecto.

—Llevo una semana escuchando mensajes en el contestador telefónico de un cuate, pero ese cuate murió en 1969. Lo mataron. Y



ahora me habla, me deja recados. Me cuenta historias. Pero no sé qué quiere, bien a bien, no sé qué quiere. Y yo creo que llama cuando sabe que no estoy en casa, para que se quede grabado... A lo mejor es una broma. Pero si es una broma es una broma muy pinche.

Héctor mantuvo su rostro de Alec Guinness.

—Me llamo Héctor —dijo el hombre.

—Yo también —respondió Belascoarán como disculpándose.

—Héctor Monteverde.

—¿Y el muerto?

—El muerto se llama Jesús María Alvarado. Y era a toda madre.

Héctor pasó al silencio.

—¿Usted cuánto cobra?

—Poco —dijo Belascoarán. El tipo pareció darse por satisfecho. El perro también.

—Aquí están las cintas. Total, la oye en cinco minutos, decide y nos vemos luego.

—No tengo contestador en esta oficina. Si me las presta, mañana...

—No, mañana, no, al rato. Aquí le dejo mi dirección —dijo Monteverde tendiéndole un papelito que tenía ya preparado. Y aquí hay unas notas que preparé sobre cómo conocí al muerto. Estaré en mi casa... Yo no duermo.

—Yo tampoco —dijo Héctor.

Y vio cómo el homónimo Monteverde se ponía en pie, y seguido por su perro cojo dejaba la oficina.

—¡Qué pinche historia! —dijo Carlos Vargas con la boca llena de tachuelas y sacudiendo su pinche martillo sobre el sillón rosa.

—Me viene a la cabeza la frase esa de que la realidad se está poniendo muy rara —contestó Belascoarán.

Horas más tarde, en su casa, Héctor escuchó la voz del muerto que hablaba desde una cinta.

—Hola, soy Jesús María Alvarado. Ya te llamaré de nuevo, mano.

La voz no le resultaba familiar, era de un hombre ronco y no parecía haber ansiedad, premura, nada, en esa voz afónica que decía un nombre. Desde luego no era cavernosa ni le habían medido efectos especiales, no pretendía ser la voz de un muerto.

¿Cómo eran las voces de los muertos? Hablar con los muertos...

Pero Jesús María Alvarado estaba muerto, aunque no en el 69 como había dicho el funcionario progresista Monteverde, sino en el 71. O sea, pura prehistoria, hacía 34 años. Lo habían asesinado al salir de la cárcel. Un tiro en la nuca para el primer preso político que dejaba la prisión después del movimiento de 68. Ley fuga. Sin explicaciones oficiales.

Monteverde y Alvarado se habían conocido en una preparatoria donde ambos daban clase de literatura. Conocido brevemente, de lejos. Un par de cafés juntos, un par de reuniones del colegio de profesores. Las asambleas del 68, la creación de la Coalición de maestros en apoyo al movimiento estudiantil. Monteverde era despistado, enamorado, tímido, hijo de un empresario de pompas fúnebres que había hecho su fortuna con el lujo de la muerte, cosa que a Héctor Monteverde (siempre según las notas que estaban inteligentemente redactadas) le parecía no sólo amoral, sino vergonzosa y ocultable en el año del movimiento. La literatura universal era por tanto el antídoto a las agencias funerarias. Alvarado era un hijo de campesinos poblanos que había llegado a la literatura por inexplicables razones de patriotismo, a fuerza de recitar la *Suave Patria* y aprenderse versos de Díaz Mirón, Gutiérrez Nájera y Sor Juana para recitarlos en su pueblo. Eternamente miserable, llegaba a fin de mes sin dinero



para lavarse la ropa, con deudas en la tienda de la esquina y enfurecido.

Por lo visto, Héctor Monteverde, en aquellos años mágicos y terribles, siguió a la distancia la historia de Alvarado y sus huellas, hasta el asesinato del hombre.

Héctor dijo que había que pensarse el asunto con calma, dejó de lado la contestadora, las notas y el jugo de durazno que se estaba tomando, y subió a la azotea de su casa con el paquete de cartas que había encontrado en el buzón. Con toda paciencia se dedicó a fabricar avioncitos de papel, que iba colocando en el pretil del cuarto piso. Abajo el nuevo bullicio de la colonia Condessa, los motociclistas, los adolescentes jolgoriosos.

Soplaba poco viento, pero de vez en cuando los avioncitos de papel lograban despegar y flotaban haciendo giros maravillosos, escapándose uno de vez en cuando en la brisa. Cuando se le acabaron regresó a su cuarto. Había dejado todas las luces encendidas, el mejor antídoto contra la soledad, convertir tu casa en un pinche árbol navideño. Rebobinó la cinta del contestador. Lo que había oído era lo que había oído, la voz dijo de nuevo:

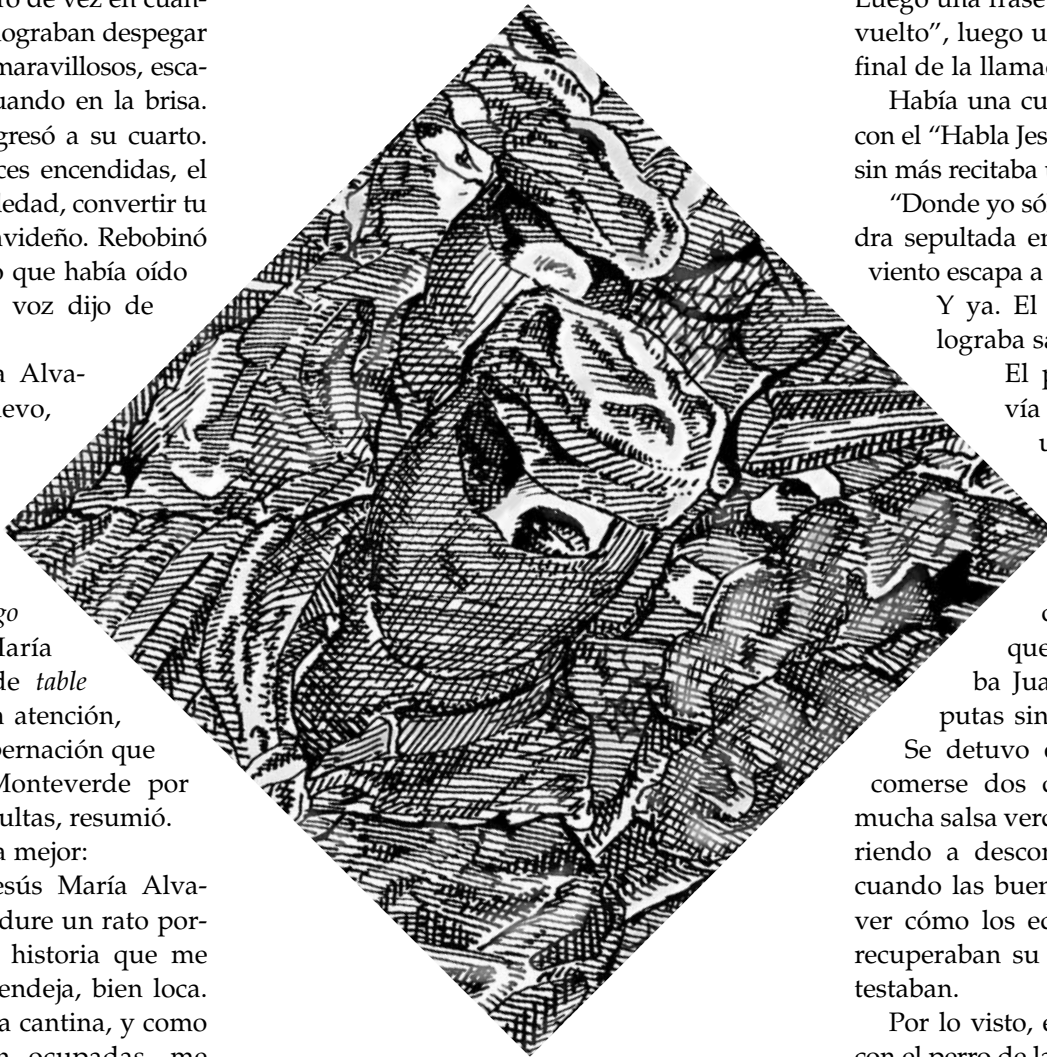
—Oye, soy Jesús María Alvarado. Ya te llamaré de nuevo, mano.

Otro Jesús María Alvarado, el hijo de Jesús María Alvarado, el fantasma de Jesús María Alvarado, el *alter ego* homónimo de Jesús María Alvarado, un bailarina de *table dance* que quería llamar la atención, los de la Secretaría de Gobernación que querían volver loco a Monteverde por quién sabe qué razones ocultas, resumió.

La segunda llamada era mejor:

“Mira, mano, habla Jesús María Alvarado. Espero que tu cinta dure un rato porque te voy a contar una historia que me pasó. Una historia bien pendeja, bien loca. Estaba yo en Juárez en una cantina, y como todas las mesas estaban ocupadas, me quedé parado tomándome una cerveza frente a la pinche tele. Había un ruido cabrón y no oía nada, pero ahí estaba el Bin Laden con cara de palo en uno de esos comunicados que manda a través de la tele; a mí ese güey me caga y no estaba haciendo mucho caso, pero entonces, atrás de mí, unos cuates gritaban, algo así como: “¡El Juancho, el Pinche Juancho!” Volteé la cabeza para ver qué pedo con el pinchejuancho. Y vi a dos cabrones musculosos y medio pedos que seguían con la letanía: ¡El Juancho, el pinche Juancho!, mientras señalaban a la tele. Giré la cabeza para checar que no estaba en el error, como uno acostumbra, y seguía el Bin Laden muy mono con una metra en la mano y el turbantón y la cara de menso. Giré de nuevo para ver a los promotores del Juancho y me les encaré. ¿Qué pedo con el Juancho?, les digo, y ahí, medio tartajas por el chupe, me dicen que ese es su cuate el Juancho, ese mero, que mira nomás de qué

se disfrazó el muy puto. Y medio que averiguo que Juancho era un amigo de éstos, taquero allí en Juárez, que se cansó de la mala vida y hacía unos tres años se fue de mojado para poner una carnicería en Burbank, California. Y yo no salía del sacón de onda y volteé a la tele y sí, allí estaba el pinche Bin Laden, y cuando giré la cabeza para preguntarle al par de beodos si sabían más sobre Juancho y si seguro que era él y qué a qué horas Juancho se había dejado barbita de chivo, los dos pinchurrientos briagos se habían hecho ojo de hormiga. Y por más que los busqué dentro de la cantina y hasta la salida, ya no los pude hallar. Y me dije: qué pinche casualidad, el *alter ego* de



Bin Laden es un taquero de Juárez. Pero luego se me juntan los cables y me digo: Alvarado, ¿qué sabes de Burbank? Y resulta que algo sé, porque Burbank es la capital del cine porno de Estados Unidos, un pueblucho cerca de Los Ángeles, moteles y empresas triple x, coge y coge, filma y filma, viva el capitalismo salvaje. Y junto todo y me digo: ‘¿A poco estos culeros de Bush y sus amigos están haciendo los comunicados de Bin Laden, los mensajes del demonio, en un estudio porno en Burbank, California, que hasta desierto tienen por allí? ¿A poco todo es un montaje, una fábrica de sueños de mierda, con un ex taquero mexicano llamado Juancho de personaje central? Yo, de verdad, no me lo tragaba’, me decía: ‘¿cómo vas creer?’ Pero, ¿a poco no es bonita la historia?”

Héctor apagó la contestadora telefónica. Fue al baño, se miró en el espejo y se lavó la

cara con agua fría. Como todas las gentes que viven solas, solía hablar con su propia imagen reflejada, pero ahora no se le ocurrió nada que decir. Lo pensó de nuevo y comenzó a reírse a carcajadas. Kafka en calzoncillos en Xochimilco. Bin Laden Juancho en Burbank. Claro, en los ratos libres que le dejaban los comunicados, como decía Alvarado, Juancho se dedicaba a coger y dejarse filmar. Las mil y una noches en versión taquería de Ciudad Juárez, cachondos pero simpáticos, el pito más menso de la frontera.

La tercera cinta empezaba como siempre:

“Habla Jesús María Alvarado”, como si se tratara una y otra vez de dejar en claro que el muerto había vuelto del valle de las sombras. Tras el nombre seguía una pausa. Luego una frase críptica: “Mejor no hubiera vuelto”, luego un largo silencio y el clic del final de la llamada.

Había una cuarta llamada que empezaba con el “Habla Jesús María Alvarado”, y luego sin más recitaba unos versos:

“Donde yo sólo sea/ memoria de una piedra sepultada entre ortigas/sobre la cual el viento escapa a sus insomnios.”

Y ya. El poema le sonaba, pero no lograba saber de quién o de dónde.

El progresista Monteverde vivía en la colonia Roma Sur, a una docena de cuadras de su casa, de tal manera que Héctor Belascoarán se fue dando un paseo, caminando por el camellón de Alfonso Reyes, que era mejor cuando se llamaba Juanacatlán y estaba lleno de putas sindicalizadas o intentándolo.

Se detuvo en una de las taquerías a comerse dos de arrachera con queso y mucha salsa verde, y prosiguió el paseo sonriendo a desconocidos, dando de vez en cuando las buenas noches por el placer de ver cómo los educados mexicanos del DF recuperaban su educación básica y le contestaban.

Por lo visto, el personaje vivía solo. Solo con el perro de la pata entablillada que cuando Belascoarán cruzó la puerta se acercó a lamerle la mano en signo de reconocimiento, de identidad o simplemente de solidaridad entre cojos. No había signos de niños en la casa, no había fotografías, sólo en las paredes reproducciones de cuadros de montañas y volcanes, desde un Velasco, hasta el Paricutín de Atl, pasando por fotos muy buenas del Everest a lo *National Geographic*.

Monteverde tenía la misma camisa con mancha de chocolate de unas horas antes. Héctor le pidió permiso para pasar al baño. Estaba reluciente, brillaba. Monteverde en sus ratos libres debería ser un fanático del detergente y el limpiavidrios. Un toque de sentido del humor incongruente en tanta sobriedad higiénica lo conmovió: un póster sobre una de las paredes decía: “El estreñimiento promueve la lectura”. Decidió poner uno así en su casa. La idea no era nueva, y no era su caso, pero constituía una justificación más para leer sentado en el retrete.



El pasillo estaba lleno de libros en el suelo, a falta de libreros los habían acomodado de canto apoyados contra la pared, de manera que con tan sólo agacharse, podía uno escoger. Reconoció muchas de sus propias lecturas: Remarque, Fast, Haefs, Ross Thomas, Neruda, Hemingway, Cortázar completito.

—¿A poco no está rarísimo tocayo?

Sin responder, Belascoarán llegó a la conclusión de que tenía que posponer el método Alec Guinness. Era el momento de las preguntas. Se dejó caer en un sillón gris rata y sin esperar a que Monteverde hiciera lo mismo soltó:

—¿Reconoce la voz?

—No, pues vaya usted a saber. Han pasado tantos años.

—¿Eran ustedes muy amigos? Tan amigos como para que si estuviera vivo...

—Yo fui al velorio, está muerto. Lo vi muerto en el ataúd, con un parche que le asomaba de la parte de atrás de la cabeza, en donde le dieron el tiro —interrumpió Monteverde.

—¿Y eran muy amigos?

—Pues amigos. Él era muy aventado para todo, yo era más tímido, pero ahí andábamos en el movimiento y dábamos clases de literatura en las prepas y tuvimos una novia a medias, primero él y luego yo, y comíamos comida corrida en la calle, de la más barata.

Lo de dar clase de literatura en las prepas le recordó a Belascoarán el poema:

—Donde yo sólo sea/memoria de una piedra sepultada entre ortigas/ sobre la cual el viento escapa a sus insomnios...

—Donde habite el olvido/ en los vastos jardines sin aurora/ donde yo sólo sea... —dijo Monteverde.

—Claro, Cernuda, *Donde habite el olvido*, me sonaba, pero no lograba... —dijo Belascoarán palmeando, aplaudiendo a su memoria recuperada.

—Maravilloso poema —dijo Monteverde, y remató: —Donde penas y dichas no sean más que nombres,/cielo y tierra nativos en torno de un recuerdo;/donde al fin quede libre sin saberlo yo mismo; disuelto en niebla, ausencia/ausencia leve como carne de niño.

—Allá, allá lejos;/ donde habite el olvido —remataron a coro.

Mucho poema, de esos que te agarraban de los huevos y apretaban suavemente hasta que el dolor iba convirtiéndose en una idea. Mucho poeta el viejo español exilado en México. Héctor encendió un cigarrillo, aprovechó la pausa para ordenar sus ideas, el perro que debería ser un antitabaquista de mucho cuidado se alejó del humo cojeando.

—Eso me asustó más que los otros mensajes, era el poema favorito de Jesús María, a cada rato se lo recitaba a sus alumnos, yo empecé a hacerlo por su culpa.

Héctor encendió un nuevo cigarrillo con la colilla del anterior, el perro ya ni protestó.

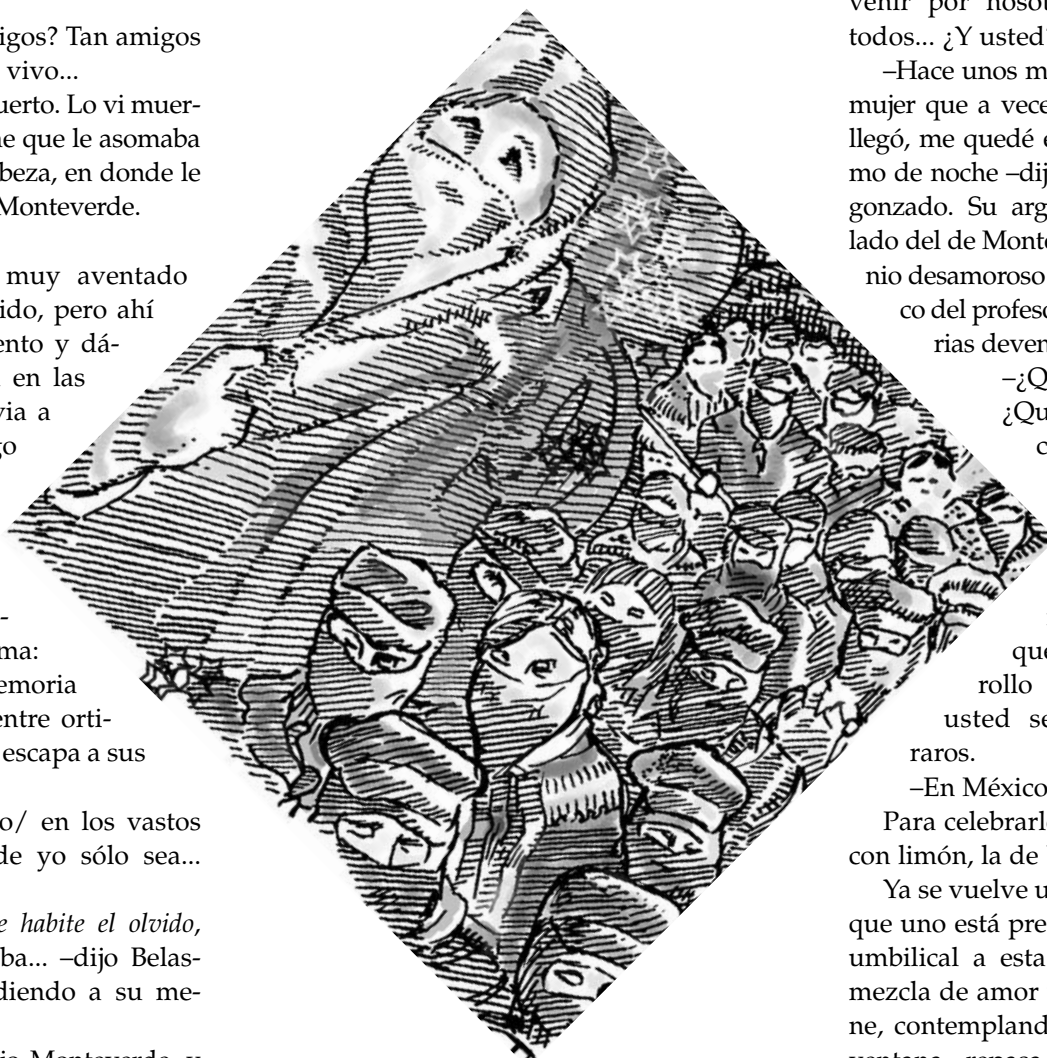
—¿Por qué Alvarado, el fantasma de Alvarado o alguien que se quiere hacer pasar

por él le enviaría estos mensajes? ¿Quién es usted, Monteverde? ¿Qué hace en la vida?

—Trabajo en el Gobierno del DF, soy investigador especial de la Contraloría. Un trabajo medio delicado y más en estos tiempos, por eso me mosqueé. Si no, hubiera pensado que era una broma. Pero sabe, últimamente las cosas están tan turbias...

—¿Y en qué está trabajando ahora?

—Lo siento, es confidencial y además parece que no tiene que ver con esto de las llamadas del muerto. Parezco policía chino —remató Monteverde sonriendo —¿Verdad? Pero es que es delicado, con tanta pinche corrupción que había de la época priísta y que esos culeros nos heredaron...



—¿Y usted no es corrupto? Perdón que se lo pregunte, pero como no nos conocemos.

Monteverde produjo una sonrisa triste.

—Nomás se puede comprar a quién se pone a la venta. Yo soy de acero, amigo, inoxidable, incorruptible, un poco pendejo y muy de izquierda. Yo no insulto a mis muertos.

La mirada tristonza se le fue transmutando y echaba una que otra chispita por los ojos. Hasta el perro se animó y levantó la cabeza.

—¿Y usted se pone a la venta? —le preguntó al detective.

—Para los días que vamos a vivir, amigo, no me gustaría despertar con un güey que huele a podrido todos los días. Nomás que yo si me oxido, aunque no me pando —respondió Belascoarán tocándose la pierna donde tenía un clavo de acero que hacía danzar a todos los detectores de metal de los aeropuertos.

—¿A quién le ha contado esta historia?

—A Tobías —dijo Monteverde señalando al perro.

—Y esa historia de Bin Laden, ¿usted se la cree?

—No, pero está pocamadre. Me hubiera gustado contarla a mí.

Belascoarán volvió al Alec Guinness silencioso, pero esta vez no produjo efecto, Monteverde se quedó pensando en algo que estaba lejos, muy lejos.

—¿Y usted, a qué hora se volvió insomne? —preguntó finalmente el detective.

—Cuando perdimos las elecciones del 88, el día en que se cayó el sistema, cuando el fraude electoral. No sé por qué me dio en la cabeza la idea de que en la noche iban a venir por nosotros, nos iban a matar a todos... ¿Y usted?

—Hace unos meses, una noche en la que la mujer que a veces iba a dormir conmigo no llegó, me quedé esperando y ahora no duermo de noche —dijo el detective un poco avergonzado. Su argumento resultaba pobre al lado del de Monteverde, poco valía su insomnio desamoroso al lado del insomnio histórico del profesor de literatura de preparatorias devenido funcionario progresista.

—¿Quién le dio mi dirección? ¿Quién le sugirió que hablara conmigo?

—En la oficina de Cuauhtémoc Cárdenas trabaja un cuate que tenemos en común. Mario Marrufo Larrea. Le dije que me estaba pasando un rollo muy raro y me dijo que usted se especializaba en rollos raros.

—En México no soy el único.

Para celebrarlo se tomaron dos cocacolas con limón, la de Belascoarán sin hielo.

Ya se vuelve un lugar común eso de decir que uno está prendido como por un cordón umbilical a esta ciudad, atrapado en una mezcla de amor y odio. Belascoarán insomne, contemplando la noche de neón por la ventana, repasa sus propias palabras. Se siente el último de los mohicanos. Constata, confirma: No hay odio. Sólo una enorme, una infinita sensación de amor por la ciudad mutante en la que habita y lo habita, sueña y lo sueña. Una voluntad de amor que más que definirse en la rabia, la posesión o el sexo, se desliza a la ternura. Deben ser las manifestaciones, el color dorado de la luz en el Zócalo, los tenderetes de libros, los tacos de carnitas, los ríos de solidaridad profunda, los amigos del taller mecánico de enfrente que lo saludan al paso. Será esa maravillosa luna de invierno. Será.

Héctor se sentó a fumar en un sillón. Pasó la noche fumando y escuchando los ruidos de la calle. Sin saber por qué, le vino a la imagen el rostro del perro cojo de Héctor Monteverde. Al amanecer, se quedó dormido.

Desde la Ciudad de México.

Paco Ignacio Taibo II.

México, diciembre del 2004.